

JUAN TORRES ZALBA

ENEMIGOS DE ROMA

El destino de los nietos de Escipión:
ser enemigos públicos de Roma

la esfera  de los libros

Índice

Personajes principales

10

Año 133 a. C.
EN EL CONSULADO DE
PUBLIO MUCIO ESCÉVOLA
Y LUCIO CALPURNIO PISÓN

13

Año 132 a. C.
EN EL CONSULADO DE PUBLIO POPILIO LENAS
Y PUBLIO RUPILIO

119

Año 131 a. C.
EN EL CONSULADO DE
PUBLIO LICINIO CRASO DIVES MUCIANO
Y LUCIO VALERIO FLACO

241

Año 130 a. C.
EN EL CONSULADO DE
LUCIO CORNELIO LÉNTULO
Y MARCO PERPENNA

y

Año 129 a. C.
EN EL CONSULADO DE
CAYO SEMPRONIO TUDITANO
Y MANIO AQUILIO

335

DOS AÑOS DESPUÉS

Año 127 a. C.
EN EL CONSULADO DE
LUCIO CASIO LONGINO
Y LUCIO CORNELIO CINNA

y
Año 126 a. C.
EN EL CONSULADO DE
MARCO EMILIO LÉPIDO
Y LUCIO AURELIO ORESTES
539

Año 125 a. C.
EN EL CONSULADO DE
MARCO PLAUCIO HIPSEO
Y MARCO FULVIO FLACO
595

Año 124 a. C.
EN EL CONSULADO DE
CAYO CASIO LONGINO
Y CAYO SEXTIO CALVINO

y
Año 123 a. C.
EN EL CONSULADO DE
QUINTO CECILIO METELO BALEÁRICO
Y TITO QUINCIO FLAMININO
653

Año 122 a. C.
EN EL CONSULADO DE
GNEO DOMICIO ENOBARBO
Y CAYO FANNIO
727

Enero del año 121 a. C.
787

Nota del autor y bibliografía
847

Árbol de las familias Escipión, Graco y Emilio Paulo
854

Roma en época republicana
856

El foro de Roma
857

Sardinia
858

Grecia
859

Pidna
860

Año 133 a. C.

EN EL CONSULADO
DE PUBLIO MUCIO
ESCÉVOLA Y LUCIO
CALPURNIO PISÓN

La locura

En el templo de Fides (Capitolio), 11 de julio

—No tengo nada que decir ni que hacer —reiteró el cónsul Escévola con machacona obstinación.

Los senadores, arremolinados en el templo capitolino de Fides, regurgitaron un sonido ronco, incapaces de asumir la desquiciante pasividad del cónsul ante la extrema gravedad de los hechos que se estaban sucediendo delante de sus mismísimas narices en la adjunta plaza del Capitolio, allí donde se celebraba la asamblea popular para la elección de los nuevos tribunos de la plebe; allí donde un candidato corrompido por la tiranía no solo pretendía ser elegido por la fuerza, sino que, echándose la mano a la cabeza, acababa de pedir a la vista de todos que le trajeran una diadema para ser coronado... ¡rey de Roma!

—No emplearé ninguna fuerza —negó una vez más Escévola, indiferente a los fuegos del Senado—, ni quitaré la vida a ningún ciudadano romano sin un juicio previo. Es la ley —añadió con su habitual precisión jurídica, algo que por muy obvio que fuera no podía calmar la furia de los padres conscriptos, porque aquello que estaba aconteciendo les era inhumanamente insoportable. Urgía restituir el orden establecido y el *mos maiorum*. La autoridad del Senado debía restablecerse frente a la sedición de un solo hombre que agitaba las masas. Y todo ello tenía que hacerse de inmediato y de la mano de un senador fuerte y decidido por cuyas venas corriera inflexiblemente la grandeza de las viejas virtudes republicanas.

Por fortuna, contaban entre sus filas con el varón consular que reunía tales cualidades, aquel de intimidante tez pálida, ojos azules

fulgurantes y ardientes cabellos dorados; aquel de sangre patricia y nieto de Escipión Africano; aquel de majestuosa toga *praetexta*; el que abría puentes entre los dioses y los hombres o, lo que era lo mismo, el pontífice máximo de Roma. Ese hombre era de los suyos y no estaba dispuesto a que la República se derrumbara por la ambición de un revolucionario. Frente a la violencia solo cabía la violencia.

Escipión Nasica se puso en pie.

—Pues los que quieran salvar a Roma y a nuestras leyes, que me sigan —dijo con rostro desencajado, según su irascibilidad natural, dicho lo cual asió su silla, la elevó por encima de la cabeza y la estrelló violentamente contra el suelo enlosado.

Las patas, partidas, salieron despedidas como culebrillas al tiempo que todos ahogaban la respiración, completamente hipnotizados por aquel arrebató de salvación.

Nasica se agachó, aferró una de las patas y se echó el borde de la toga sobre la cabeza, al modo de los sacrificios.

—Los que quieran salvar a Roma, que me sigan —repitió en estado de trance, y con grandes pasos abandonó el templo e irrumpió con brutal vehemencia en la abarrotada plaza del Capitolio, donde, a los pies del gigantesco templo de Júpiter, el populacho afín al tirano cantaba victoria.

No miró atrás, pero supo que al menos un centenar de senadores lo seguían. La pléyade de los hijos de la loba, con él mismo como suprema cabeza religiosa, iba a salvar a Roma del poder monárquico, como antaño lo había hecho Lucio Junio Bruto frente al último de los reyes de Roma, Tarquinio el Soberbio, o Cayo Servilio Ahala frente a Espurio Melio. Él sería el tercero en tamaña gesta. Bullía de irritación, pero también de colosal orgullo.

Secundado por su particular legión de senadores, descendió la escalinata del templo de Fides, blandió la fornida maza con ojos de locura y se abalanzó contra el populacho rebelde como si él mismo fuera a inmolarse, lanzando mandobles, partiendo cabezas, rompiendo mandíbulas y, en suma, descargando su ira y la justicia del Senado.

—¡Miserables! ¡Miserables! —rugía sin cesar entre bastonazo y bastonazo con los dientes tan apretados que bien podía triturar sus molares, efecto colateral que, sin duda, merecía la pena, porque los

ciudadanos, lejos de enfrentársele, tan aterrorizados como sorprendidos, comenzaron a darle la espalda, echando a correr en todas direcciones, empujándose unos a otros hasta provocar la estampida y, consecuentemente, el caos, las caídas, los gritos, los aplastamientos y la muerte, nada de lo cual iba a apiadarle lo más mínimo.

—¡Desalojadlos! ¡Que sepan que esto es Roma y nosotros el Senado! —aulló con la maza dirigida hacia delante para que continuara la purga mientras él seguía avanzando, colérico, rematando a los que se tambaleaban tras haber recibido los primeros bastonazos en un sinfín de violencia extrema.

No tardó en verlo, al joven aspirante a reyezuelo, a su primo Tiberio Sempronio Graco, cerca de las estatuas de los reyes, a los pies de la escalinata del templo de Júpiter, tumbado de bruces, pugnando indignamente por liberarse de un revoltijo de piernas y brazos.

—¡Ahí está! —salivó, lanzando un chillido gutural.

La legión senatorial detuvo el ataque y buscó a su presa. Cuando la encontró, viró en bloque y cargó contra el déspota, justo en el momento en el que lograba liberarse y echaba a correr.

—¡Cogedlo! ¡Que no escape! —rugió Nasica, pero con la calma suficiente para rogar a los dioses que le honraran con la consumación del sacrificio.

Y le escucharon.

El tirano se trastabilló con dos cadáveres.

Cayó aparatosamente de bruces.

Se puso en pie y emprendió nuevamente la huida.

Alguien lo cogió de la toga.

Tropezó de nuevo.

Sus propios seguidores, en el pánico, lo pisotearon.

Se irguió una vez más, pero solo para derrumbarse igualmente.

Los hombres de Nasica ya estaban allí.

Se revolvió como una lagartija, en vano.

Una porra le golpeó en la frente.

El impacto lo aturdió y lo devolvió al suelo. Elevó, aun así, las manos para protegerse de los golpes. Recibió uno tras otro. Rodeado de una manada de bestias, resistía a duras penas. Hecho un ovillo evitaba que le partieran la cabeza. Solo una vez desprotegió su rostro en busca de ayuda, instante fugaz pero suficiente para que un garrotazo

destrozara su cráneo al tiempo que su cabeza chocaba contra las baldosas del Capitolio y se partía con estridencia.

El poderoso chasquido dejó paralizados a los autores de la masacre. Asfixiados por la enajenación, con los ojos puestos en el cadáver, dieron un paso atrás, después otro más, abriendo el espacio suficiente para que emergiera de entre ellos el único hombre que mantenía una mirada firme.

Nasica miró a su primo Tiberio. El cuerpo yacía en un charco de sangre, desfigurado, tan poco digno como lo habían sido sus acciones para con el Senado, aquellas por las que merecía la muerte.

—¿Qué hacemos con los cadáveres? —oyó que le preguntaban.

Nasica permaneció con la toga cubriéndole la cabeza, ahora tenebrosamente impávido. Aquel cadáver no era el único en aquella plaza. Al menos habría trescientos más.

—Que nadie les dé sepultura. Que nadie pueda honrar sus cuerpos ni que los incineren. Tiradlos al Tíber —exigió.

—¿Tirarlos al Tíber? —se estremeció uno de sus acompañantes.

—Sí —confirmó Nasica, inmisericorde.

—¿A todos?

—A todos, y a Tiberio el primero. Que nadie vele su cuerpo. Que nadie pueda inflamar al populacho a la vista de sus restos. Tiradlo al Tíber y que se lo traguen las aguas —sentenció, dicho lo cual, abstraído del mundo, incapaz de advertir que los senadores se escabullían temerosos por todas partes, giró sobre sí mismo y enfiló sus pasos hacia su *domus* palatina en una Roma desierta y de puertas y postigos cerrados, cual triunfador con el rostro pintado de un rojo que no era cinabrio, sino sangre romana.

La realidad

Poco después

Nasica irrumpió en su casa como si no hubiera suelo bajo sus pies, siempre con el bastón en su mano ensangrentada, dominado todavía por una mirada enloquecida. Los esclavos, que sabían cómo se las gastaba su amo, se apartaron a su paso como perrillos apaleados.

Abrió la puerta de su cubículo con brusquedad, cerrándola a su espalda con igual virulencia. Y allí, quieto y solo, se quedó mirando el bastón, saboreando su heroicidad, flotando en su propia gloria.

Ya nada había que temer. El déspota vagaba como una larva en su propósito de apoderarse por la fuerza de la República. Sus sediciosas leyes serían abolidas. La autoridad del Senado quedaba repuesta, con la violencia, sí, pero no había otra opción. Era feliz. Acababa de liberar a Roma del mayor peligro de los últimos siglos, superior incluso al del cartaginés Aníbal, porque no había putrefacción mayor que la interna, la que crece dentro de un cuerpo como una enorme tumoración y lo consume hasta que es tarde.

Imaginando ya la ovación del Senado y la honra de ser considerado el tercer fundador de Roma, explotó en un júbilo de carcajadas, desaforado, como las aguas de un torrente que han roto un dique y corren libres al recuperar su cauce.

La dicha, sin embargo, era efímera. Para su disgusto tuvo que cesar abruptamente su placentero carcajeo. Unos estridentes chillidos surcaban el éter y penetraban en su cubículo y en sus delicados oídos.

Conocía bien aquellos gritos.

Eran adustos y femeninos.

Eran de su madre.

Lleno de hastío, con sus labios fruncidos hacia fuera a modo de pico de pato —como también en él era natural cuando algo le desagradaba, lo que sucedía a menudo—, se dirigió hasta el atrio. Allí, su oronda madre, Cornelia *maior*, la primera de las hijas de Escipión Africano, dando alaridos como una plañidera histérica, era sujeta por dos esclavas para que no cayera al suelo.

—¡Oh, madre, por todos los dioses, deja de llorar como una mujer y compórtate como una matrona romana! ¡Era necesaria! ¡Su muerte era necesaria! ¡Basta de lloriqueos! —la increpó iracundo.

Cornelia, que apenas podía respirar y gritaba como si hubiera muerto uno de sus propios hijos, tuvo arrestos de elevar unos ojos enrojecidos y llenos de rabia.

—Entonces, es verdad, tú lo has matado.

—Por supuesto que sí —rio Nasica, ofendido por la duda—. Yo no he dado el golpe final, pero como si lo hubiera hecho. Yo he salvado a Roma. Yo he salvado a la República. Él merecía la muerte.

Su madre soltó un intensísimo y agudo alarido, tanto que Nasica tuvo que taparse los pabellones auditivos.

—¡Madre! —la reprendió con el rostro contraído.

Pero ella no cesaba en su quejido, aunque reventara los tímpanos del hijo que había parido hacía ya cuarenta y siete años.

—¿Qué has hecho? ¡Por todos los dioses! ¿Qué has hecho? ¡Has matado a Tiberio! ¡Has matado a tu primo! —chilló, devastada, cuando pudo hablar, tratando de zafarse de las esclavas.

Nasica emitió un gruñido animal. A su madre solo le importaba que Tiberio fuera familia. Lo demás le importaba un bledo.

—He salvado a Roma —dijo aun así con increíble paciencia.

—¡Has matado a Tiberio!

—He matado a un tirano, a un enemigo de Roma.

—¡Era tu primo!

—Era un traidor.

—¿Un traidor? ¿Te has vuelto loco? ¡Lo sabía! ¡Sabía que tus impulsos te dominarían! ¡Lo sabía! ¡Se lo dije siempre a tu padre! ¡Le dije que te perderían tus impulsos! ¡Era el hijo de mi hermana pequeña, sangre de mi sangre! ¿Qué has hecho, hijo, qué has hecho? ¡Nunca más podré mirarla a la cara!

A Nasica se le acabó el aguante.

—¡Y qué más da que fuese mi primo, tu sobrino o el mismísimo Júpiter! ¡Se ha proclamado rey! ¡Ha querido adueñarse de la República! ¡Se ha reído del Senado! ¡Merecía morir y solo yo he tenido la valentía de hacerlo! ¡Solo yo! ¿Y así me lo premia mi propia madre? ¿Así?

—¿Y tú viste cómo se proclamaba rey? ¿Lo viste con tus propios ojos? ¿Lo oíste con tus propios oídos? —se recompuso ella.

—No.

—¿Y quién lo dijo entonces? ¿Quién lo vio o escuchó?

—El tribuno de la plebe Publio Satureyo.

—¿Satureyo? ¿Ese imbécil? ¡Odiaba a Tiberio! ¡Mentiría para poder vender a su madre!

—Ese hombre merece la más alta dignidad... —Nasica no pudo continuar, interrumpido por las carcajadas de su madre, verdaderamente crueles o sarcásticas, según se viera—. ¡Madre! —protestó descompuesto.

Cornelia apagó sus risotadas poco a poco, pasando a un ronroneo atiborrado de amarga desesperación.

—Te han engañado, hijo, te han engañado... —siseó—. Y lo peor de todo es que tu primo Tiberio, mi sobrino, no ha sido el único que ha encontrado la muerte en el Capitolio. No, no ha sido el único...

—¿Qué quieres decir?

Cornelia elevó una mirada devastadora.

—Tú mismo me has dado muerte, hijo. Tú me has matado.

—¡Madre!

—Y no soy la única, porque tú también has muerto.

Nasica se tambaleó y dio varios pasos atrás con el rostro demudado hasta chocar con la pared. No entendía nada.

—¿Qué sabrás tú de todo esto? —gimió acorralado.

—Soy la hija mayor del hombre más grande que Roma ha parido en siglos. Lo sé todo y soy tu madre.

—¡Tiberio se ha llevado la mano a la cabeza! ¡Ha pedido que le trajeran una diadema real! ¡Ha querido imponer su voluntad en contra del Senado! —reiteró más pálido que la muerte, como si acabase de ver a todas las larvas de los difuntos de su familia corretear por el atrio.

Cornelia, en cambio, ahuyentados los lloriqueos, irguió su cuerpo redondo. Nunca había tenido el carácter de su padre, ni el de su hermana pequeña, Cornelia *minor*, madre de los Graco, pero ahora, en la mayor adversidad, rozando los setenta años, sentía que toda la *gens* Cornelia Escipión apoyaba la mano en su hombro.

—¿No me has pedido que dejara de llorar como mujer y que me comportara como una matrona? —inquirió engrandecida—. Pues como mujer y madre que soy, pero también como orgullosa matrona, yo te digo aquí y ahora que tu infinita estupidez te ha conducido a la muerte. A convertirte tú mismo en enemigo de Roma. Porque nadie te lo va a perdonar, hijo, nadie en absoluto. Ese es el precio que has pagado. Lo digo como mujer, madre y matrona —concluyó con aterradora severidad, y luego giró en redondo, se sacudió a las esclavas y se marchó agitando su trasero de lado a lado.

Nasica permaneció inmóvil, con gesto de desvarío. Poco a poco fue elevando la mano que todavía sujetaba la maza. Y la ira más visceral regresó, aquella que le había dominado en el Capitolio, lanzando violentamente la porra contra la pared al tiempo que tronaba de terror, cólera y frustración.

El miedo

Esa misma noche

La noche en Roma pertenecía a la basura de la sociedad. Cuando la luz se extinguía quedaba sumergida en una oscuridad insondable, en el vacío más profundo, en una ciudad invertida que reemplazaba la virtud por el vicio, la frugalidad por los banquetes secretos y obscenos, las asambleas públicas por las sectas místicas, al ciudadano legionario por pervertidos, mujeres disolutas, raptos, borrachos y puteros de lo más ínfimo y detestable.

Tal era la noche de la ciudad que dominaba el mundo.

Pero aquella noche era aún más tenebrosa.

Estaba muerta, vacía, con puertas atrancadas, arrasada por el miedo como si los mismísimos dioses hubieran decidido ahogar con su halo todo signo de vida, todo salvo el de los hombres más poderosos del orbe, los padres conscriptos con dignidad consular y censoria, apenas un puñado de senadores.

Escortados cada uno de ellos por un ejército de matones que les abrían camino con antorchas, convocados de urgencia por el cónsul Escévola en su *domus* palatina, surcaban en la noche las sombras del intrincado callejero. A vista de pájaro, haces anaranjados de luces agitadas se movían rápida y silenciosamente en la oscuridad, dibujando rectas y ángulos, todas confluyendo en la casa de Escévola.

Los nervios afloraban en los rostros de los senadores recibidos por los siervos del cónsul. Lo que acababa de suceder era inimaginable. Nadie los había preparado para un hecho de aquella envergadura. Nadie tenía la experiencia para afrontarlo. Llenos de incertidum-

bre y miedo, apiñados como pollos sin cabeza, cruzaban sus miradas sin poder articular palabra. Era una catástrofe.

El último en llegar a la *domus* de Escévola fue el imponente Metelo Macedónico. A diferencia de los demás, creyéndose todavía al frente de sus legiones en las guerras de Macedonia e Hispania, había surcado las calles con pocos esclavos, arremetiendo la noche con su típica rudeza, siempre con su narigón, sus espesas cejas y su pecho de toro. A cada paso destrozaba el suelo bajo sus pies, consumiéndose en el deseo de estrangular a sus colegas senatoriales. Estaba furioso. La matanza del Capitolio era un enloquecimiento inconcebible.

Metelo irrumpió en la casa de Escévola hecho un basilisco, apartando a mamporros a los esclavos que salían a su paso.

—¿Dónde están? ¿Dónde están todos? —gritó con fuego saliéndosele por la boca.

—En la biblioteca. Si el señor me sigue... —titubeó un siervo.

—¡Llévame ante todos! ¡Ahora! —regurgitó Metelo al tiempo que le soltaba un violento empujón para que moviera el culo.

El esclavo le condujo por la casa hasta alcanzar la biblioteca.

—Aquí, señor —dijo, y dio un paso atrás para evitar que Metelo le pasara por encima.

Metelo entró como el Minotauro, topándose con un grupo de apenas treinta senadores, todos ellos apelotonados unos con los otros como el indefenso rebaño de ovejas que se agrupa temblando al escuchar el aullido de los lobos. Parecía increíble que en aquella sala hubiera Cornelios, Servilio Cepiones, Valerios, Calpurnios, Hostilios, Livios, Popilios o Fabios. Todos tenían caras de oveja idiota y asustada.

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese imbécil? —aulló, desalojando en su avance a los padres de la patria—. ¿Dónde está Nasica? —preguntó con el firme propósito de agarrarlo por el pescuezo.

Sus colegas, por mucho que lucieran las más altas magistraturas, fueron empujándose para huir de su acometida, bajando las miradas, rehuyendo el contacto, hasta que Metelo se dio de bruces con un senador pelirrojo y de llamativos ojos saltones de huevo.

Era Quinto Pompeyo. Odiaba a aquel mequetrefe.

—¡Dónde está, que lo mato aquí mismo! —le abroncó Metelo sin contemplaciones—. ¡De lo que se trababa era de evitar la votación y disolver la asamblea plebeya para que Tiberio no fuera reele-

gido tribuno de la plebe! ¡Nada más! ¿Qué locura es esta? ¿Dónde está que lo mato? ¡Lo mato! —reiteró desquiciado.

Pompeyo puso cara de tipo sin escrúpulos, lo que hacía con gran maestría.

—Era necesario salvar la República —espetó con indiferencia, reacción más que suficiente para que Metelo hinchara su pecho y vomitara de nuevo su fornida cólera.

—¿Salvar la República? —mugió a modo de iracunda mofa—. ¡Eres tan idiota como tu amigo Nasica! ¡Habéis matado a un tribuno de la plebe, imbécil, a un sacrosanto tribuno de la plebe en una asamblea popular! —rugió de tal manera que bien podía venirse la casa abajo.

—Yo no he matado a nadie —repuso Pompeyo con soberbia.

—¡Mentiroso! —rugió Metelo—. ¡Ya lo fuiste en Hispania con aquel simulacro de vergonzoso pacto con los numantinos y lo sigues siendo todavía! ¡Mentiroso boca viciosa!

—Yo no lo he hecho —dijo Pompeyo como en una risita.

—Ah, ¿no? ¿Y quién lo ha hecho entonces? ¿Mi abuelita? ¡Mereces que te lancemos también desde la roca Tarpeya! —vociferó, y ya se abalanzaba contra Pompeyo cual elefante núpida cuando el cónsul Escévola se interpuso en su camino.

—Metelo, calma —se limitó a decir con su plúmbea y tranquila autoridad, sujetándolo del brazo.

Metelo, que respetaba a aquel magnífico y sereno jurisconsulto más que a nadie, detuvo su embestida, rotando su cuello hasta encararlo.

—¿Dónde está Nasica? —susurró, letal, y advirtió—: Si quería salvar la República, solo ha conseguido llenar nuestras manos de sangre. Todos nosotros estamos malditos. ¡Todos! ¿Lo entendéis? Todos maldecidos. ¡Se ha violentado la sacralidad del tribunado! ¡La sacralidad del defensor del pueblo! —se vino arriba de nuevo, girando ahora sobre sí mismo para dirigirse al rebaño que le parecía aquella pandilla de aristócratas—. ¡Se ha dado muerte a un joven noble muy querido por el pueblo! ¡Era nieto de Escipión Africano! ¡Imbéciles!

—Era un enemigo de Roma. Se lo merecía —apuntilló Pompeyo, provocando que todos los presentes contuvieran el aliento y echaran un paso atrás, abriendo un vacío alrededor de Metelo, Escévola y Pompeyo.

De los tres, el que abrió la boca fue Metelo.

—Nunca comprendí que alcanzaras el consulado, pero lo que sí comprendo es que eres un tonto del culo con lengua de víbora. Como vuelvas a decir eso, yo mismo te arrancaré tus ojos de huevo —susurró de un modo que dejaba ver a la claras que iba muy en serio.

—Nadie va a matar a nadie —salió al paso nuevamente Escévola.

Metelo bufó como un toro y fijó su vista en el cónsul, que todavía lo agarraba por el brazo.

—Suéltame. —Y así lo hizo Escévola, muy despacio, como temiendo que al hacerlo Metelo los devorara a todos—. Sigo sin saber dónde está Nasica. Dónde está —exigió Metelo.

—No habría sido prudente invitarlo a esta reunión.

Metelo se mesó desesperado los cabellos y se puso a andar por la sala como un león enjaulado. ¿Qué podía hacerse? ¿Qué era lo más adecuado?, se preguntó con el corazón botando en su pecho de igual modo que lo hacía en batalla. O se actuaba con urgencia o las consecuencias serían devastadoras.

Detuvo de golpe sus pasos. Buscó entre los senadores. Allí no estaba, ¡no estaba Escipión Emiliano! ¿Por qué? ¿Por qué no había regresado ya de Numantia? ¿Qué hacía todavía a los pies de una pequeña aldea celtíbera en lugar de estar en Roma?

Metelo sacudió la cabeza y reanudó su nervioso deambular. Por mucho que Emiliano fuese su enemigo político, lo echaba repentinamente en falta. Emiliano era engreído, orgulloso hasta la extenuación e interesado, pero también enérgico, extraordinario militar, decidido, influyente para todos, y además estaba casado con Sempronias, la hermana de Tiberio. Con estos entramados familiares tal vez podría haber evitado el desastre. Sí, seguro que lo habría hecho, y de no hacerlo sabría qué hacer aquella noche, porque Emiliano de un modo u otro siempre encontraba la forma de abrirse camino.

Pero no estaba allí. Y una idea acababa de anidar en su mente. Era muy arriesgada, sí, pero no había otra alternativa.

Metelo frenó en seco y elevó la vista.

—Tenemos que hablar con Claudio, esta misma noche. Tenemos que hacerlo o Roma será destruida por el odio entre unos senadores y otros, entre el Senado y el pueblo, entre nobleza y plebe,

entre grakanos y nasicas. Hablemos con Claudio y pongamos cordura —insistió como en un ruego al tiempo que se elevaba un murmullo entre los presentes, casi todos ellos acérrimos adversarios políticos del gran Apio Claudio Pulcro.

—¿Te has vuelto loco? —graznó Pompeyo—. ¡Claudio nos despedazará en cuanto pongamos un pie en su atrio!

—Claudio es el *princeps senatus*. Y solo él puede detener el odio de los seguidores de Tiberio —repuso Metelo, inflexible.

—¡Claudio nos detesta! —insistió Pompeyo.

—Te detestará a ti, y bien merecido que lo tienes —replicó Metelo con un enorme rictus de desprecio.

—¡Es el suegro de Tiberio! —recordó Pompeyo—. ¡Nos culpará de todo! ¡No saldremos vivos de su casa! —aulló en estado de pánico.

Metelo abrió la boca para fagocitarlo, y lo habría hecho de no terciar nuevamente Escévola.

—Todos a la casa de Claudio, ahora mismo —exigió expeditivo.

—Pero...

—A la casa de Claudio —repitió para acallar a Pompeyo. Estaba plenamente de acuerdo con Metelo. O se hablaba con el gran Claudio esa misma noche o Roma se abriría en canal—. ¡Vamos! —se arengó, y echó a andar. Él también necesitaba convencerse, pues era imposible predecir qué fuera a ocurrir en la *domus* de Apio Claudio Pulcro, antiguo cónsul y censor, triunfador sobre los salasos, patricio insuperable, el primero de la lista senatorial y... suegro de Tiberio.



En la domus de Claudio

El pelotón de senadores, encabezados por Escévola y Metelo, se desparramó por el atrio, abriéndose en abanico cuando se les permitió la entrada en la gran casa palatina de Apio Claudio.

No obstante, envueltos en la penumbra, bajo las débiles luces de las lucernas, se comprimieron cuando apareció ante ellos, como regresado del Tártaro, el propio Claudio. Sus cabellos blancos —año rubios— estaban revueltos, luciendo todavía, pero desarreglada,

la toga con la que había asistido a la sesión senatorial de la mañana. Su aspecto era lóbrego y sombrío, pero sus ojos, sus resplandecientes y glaciales ojos azules, brillaban de modo antinatural, sin duda alimentados por el dios de la guerra. Estar allí con él parecía la mayor de las temeridades.

—Apio Claudio —comenzó Escévola.

Claudio levantó con mortal pausa una mano y le hizo callar. Después, extendió el brazo entero, señaló con el dedo índice a un sitio figurado y tensionó su cuerpo hasta temblar de arriba abajo.

—Acabo de regresar de la casa de mi consuegra Cornelia *minor* y decirle que el cuerpo de su hijo Tiberio, mi yerno, no ha sido encontrado en el Tíber —masculló letalmente. Continuó—: Acabo de dejar allí también a su hermana Sempronia gritando desconsolada porque no podrá honrar los restos de su hermano —añadió, elevando peligrosamente el tono de voz—: Acabo de dejar allí a mi hija Claudilla desmayada y sin fuerzas para vivir por el asesinato a bastonazos de su esposo —dijo entre dientes como preludio de una esperada explosión, pasando súbitamente al grito—: ¡Y acabo de acostar a dos niños, mis nietos, que aún no saben que su padre ha muerto! ¿Y venís esta noche a mi casa? ¿Venís a insultarme? ¿Habéis perdido el juicio? ¡Sois unos asesinos! ¡Habéis asesinado a mi yerno! ¡Lo habéis condenado a vagar como una larva! ¡Habéis ultrajado a un tribuno y a un nieto de Escipión Africano! ¡Salid de mi casa! ¡Salid antes de que yo mismo os mate a todos! —bramó con fuerza gutural, como si todos los vanidosos Claudio Pulcros de los últimos cuatrocientos años gritaran desde el inframundo.

—Claudio —insistió Escévola, paciente y comprensivo.

—¡Fuera de mi casa!

—Apio Claudio —repuso Escévola, en un ejemplo de prodigiosa contención de uno mismo.

—¡Asesinos! —rugió Claudio—. ¡Vuestra mezquindad, vuestro egoísmo y vuestras mentiras y manipulaciones se os han ido de las manos! ¿No podíais soportar que un tribuno de la plebe ejerciera su cargo y defendiera al pueblo? ¡Solo ansiaba repartir tierras públicas a pobres y desposeídos para fortalecer la riqueza, la ciudadanía y las legiones! ¿Tan terrible era renunciar a un terruño de vuestra fortuna? —interpeló como el coloso que era.

—Era necesario salvaguardar la autoridad del Senado frente a quien aspiraba a ser el octavo rey de Roma —dijo uno de los senadores, agazapado en el grupo.

Claudio, afilando sus dientes, estiró el cuello para encontrar al autor de las palabras, riendo con sarcasmo al encontrarlo. No podía ser otro, el más tonto de todos ellos.

—Vaya, Quinto Pompeyo, el que faltaba —rio con desgana—. Y dime, ¿dónde ha quedado ahora la autoridad del Senado? —inquirió ofensivo, y sin tiempo a respirar dijo—: Y dado que te has quedado mudo, yo te diré dónde ha quedado, en las letrinas más putrefactas de Roma, porque tuvimos la oportunidad de ser generosos y nos hemos convertido en simples matones, pero unos tan pueriles que creemos que Tiberio quiso coronarse rey. Vosotros, con vuestro egoísmo, habéis forzado la tragedia. Salid de mi casa.

—Yo no me voy a ninguna parte —repuso Metelo.

Claudio abrió los ojos como platos e intensificó su fulgor.

—¿Cómo te atreves?

—Yo no he matado a nadie.

—Todos lo habéis matado con vuestros actos.

—En ese caso, tú también lo has matado al instigar a Tiberio. La idea de la ley agraria fue tuya —contestó Metelo tan valiente como provocativo, tanto que Claudio, maestro de la teatralidad, torció su armonioso rostro patricio en una mueca caricaturesca, estiró los brazos con los dedos de las manos violentamente extendidos y cargó contra Metelo, no metafóricamente, sino literalmente.

—¡Muere! —Y lo agarró del cuello.

—¡Te mato! —se defendió Metelo, aferrándolo del gaznate.

Una vez más era necesaria la prudencia y la serenidad, y Escévola contaba sobradamente con ambas virtudes.

—¡Basta de reproches! —se apresuró a intervenir, tratando de separarlos, lo que solo consiguió con la ayuda de otros tres senadores, dos de ellos bloqueando a Metelo, que respiraba como una bestia, y el otro sujetando a Claudio, que rugía como un león, todo ello en un escenario imposible de imaginar apenas unas horas antes—. ¡Basta, esto es una aberración! ¡Esto es ridículo! —chilló de nuevo Escévola—. ¡Si seguimos así vamos a matarnos! ¡Basta! ¡Tenemos que detener esta locura! —pidió una vez más, consiguiendo que todos se

calmaran en el mayor desvarío de buen juicio que Roma había conocido en siglos.

—Decidme a qué habéis venido —exigió entonces Claudio, quitándose de encima las manos de sus captores.

Escévola asintió con la mayor seriedad, imponiendo su imperio como cónsul en ejercicio.

—Lo que voy a proponer ahora va a ser jurado por todos. Porque es la única forma de que el Senado no acabe consigo mismo. Porque es la única manera de que la curia Hostilia no sea quemada y arrasada por el pueblo hasta sus cimientos esta misma noche.

—Habla —le instó Metelo.

—Habla —secundó Claudio a regañadientes.

—Hazlo —accedió Pompeyo.

—Nadie tocará a Nasica —soltó Escévola a bocajarro.

—¡Por encima de mi cadáver! —rugió Claudio.

—Es lo justo —dijo Pompeyo.

—¡Dejad que termine! —tronó Metelo.

—A cambio nadie propondrá la derogación de las leyes aprobadas por Tiberio en su tribunado —continuó Escévola—, particularmente la ley agraria. Nadie impedirá que continúen las reparcelaciones y entregas de *ager publicus* a los desposeídos. ¡Nadie hará nada por mucho que seamos nosotros los que tengamos que devolver tierras para su reparto! —elevó la voz por el repentino batiburrillo—. Juradlo todos, porque mañana subiremos a los *rostra* para anunciar que vamos a enviar una embajada al templo de Ceres de Enna para consultar cómo debemos expiar la muerte de un tribuno y para afirmar que el Senado nunca ha estado en contra ni de Tiberio ni de sus repartos de tierras, solo de los disturbios de algunos alborotadores. Eso diremos y eso haremos. Juradlo todos o Roma entera se ahogará bañada en su propia sangre. Ceded, por todos los dioses, ¡ceded y juradlo! —reiteró con ansiedad ante el silencio y las caras de pasa arrugada de los congregados.

—Es el pacto del miedo —porfió Metelo.

—Es el pacto de la conciliación —replicó Escévola.

Metelo asintió muy serio.

—Lo juro.

—Lo juro —secundó Pompeyo.

—Lo juro —dijeron los demás, hasta que solo quedó Claudio.

—Te lo ruego, Apio, recupera la razón —le pidió Escévola.

Claudio ensombreció su rostro hasta lo inimaginable. Solo sus ojos glaciales brillaban en aquella oscuridad.

—Este juramento no pondrá fin a los males de Roma. Nasica ha abierto la caja de Pandora y hasta la esperanza ha salido despedida. Correrá más sangre romana. Nada volverá a ser lo mismo. Y ahora, salid de mi casa —exigió antes de girar en redondo y perderse en las profundidades de su hogar, dejando al rebaño de senadores solos y compuestos.

—¿Lo ha jurado? —dudó Pompeyo.

—Es posible —dijo Escévola.

—Sois todos unos memos —bufó Metelo—. Contentaos con que Claudio respete esta tregua unos pocos meses. No se expía este sacrilegio con juramentos que durarán menos tiempo de lo que huelen los pedos de una casta vestal. Como ha dicho, nunca nada volverá a ser lo mismo. Preparaos para lo que ha de venir. Es una catástrofe —auguró, y luego abandonó la *domus* a empellones—. ¡Es una catástrofe! —chilló desde la lejanía, tirándose de los pelos.

Una noticia devastadora

Numantia (Hispania), mediados de agosto

Emiliano salió de caza aquella calurosa mañana de *sextilis*. Así lo había hecho en los bosques reales macedonios tras la guerra con Perseo, cuando contaba apenas dieciocho años, mostrando ya una gran audacia.

Después, destruida Cartago, había emprendido la búsqueda de los famosos leones africanos, exhibiendo aún mayor coraje.

Y ahora, superados los cincuenta años, debía hacerlo en los frondosos bosques numantinos, honrando su vieja costumbre, y Numantia, por pequeña que fuera, bien valía la cacería de la victoria.

Después de meses de asedio y de haber esquilado con sus sesenta mil hombres los recursos circundantes, parecía poco probable que dieran con algún solitario animalillo, pero, para su sorpresa, las serranías escondían docenas de ciervos y jabalíes que abandonaron sus escondites por el acoso de los perros que acompañaban a la enorme partida de caza.

Las piezas abatidas por las lanzas fueron numerosas, suficientes para abastecer las cocinas del banquete con el que esa misma noche iba a agasajar a todo su estado mayor. El triunfo, aderezado con no pocos sufrimientos en aquella tierra áspera, merecía un poco de diversión.

El convite, celebrado en el patio del pretorio del campamento de Escipión en un mar de triclinios y esclavos que iban de aquí para allá bajo la cálida luz de fuegos y lucernas, comenzó con ánimo, luciendo los tribunos militares sus habituales bravuconadas, casi todas

ellas dirigidas contra un hombre que era el deleite de todos, un hombre que lucía permanentemente en su boca una ramita que movía con parsimonia de lado a lado. Todos apreciaban al veterano y endurecido legado Quinto Occio, rudo, de pocas palabras, irónico y lento, pero mortal en combate.

—Yo vi con mis propios ojos cómo dabas un brinco y huías como un conejo de un numantino que apenas te llegaba a la cintura —le espetó un joven tribuno militar con cara traviesa, esperando una réplica que no se hizo esperar. Occio rotó el cuello para encararlo, con lentitud, con gesto impasible y con su eterna ramita bucal en movimiento.

—¿Tienes ojos en tu ano de gato estreñido? —repuso inmutable.

—¡Tiene el orificio lleno de pelos! —bromeó otro tribuno.

—¡Son más frondosos que la selva Arsia! —se mofó un tercero.

—¡No estamos hablando de mi ano! —se defendió entre risas el tribuno militar que había tenido la osadía de provocar a Occio.

—Eso lo dudo, pero ya que no tienes huevos colgando de tu entrepierna, solo podemos hablar de tu ano seboso —porfió el propio Occio, provocando la algarabía colectiva.

Emiliano, en la presidencia del océano de triclinios, rio también con la réplica de Occio y con los coloquios que se sucedían, la mayor parte de ellos de lo más inapropiados pero muy castrenses, ya tratasen sobre los prominentes senos de las mujeres celtíberas —cuya rústica belleza era poco del gusto de los romanos—, o que los numantinos tenían unos genitales tan grandes como su coraje, lo que condujo a inevitables comparativas y exhibiciones entre los más aficionados a la borrachera.

Emiliano dejó hacer, orgulloso por una victoria que le catapultaba a la cúspide de la grandeza más absoluta. Porque nadie reunía sus méritos y hazañas. Nadie, ni el gran Claudio o Metelo Macedónico, le igualaba en jerarquía. Sin duda, y así lo sentía, era ya el primer hombre de Roma, lo que era tanto como encontrarse en la cumbre del Olimpo.

Ser el primer hombre de Roma no era una magistratura.

Era más, mucho más.

Era la capacidad de influir en las decisiones de los hombres más importantes; ser el faro de todas sus acciones y creencias; elevarse

hasta convertirse en la figura preeminente a la que todos siguen y frente a la que todos callan. Y todo ello, todo, sin ostentar ninguna magistratura; sin poseer *imperium* alguno otorgado por los hombres; solo y simplemente por tener una fuerza irresistible e intangible que derrumbaba mentes, voluntades y empalizadas: la *auctoritas*.

Él era ya el primer hombre de Roma.

Él era la viva imagen de la autoridad en su máxima expresión.

En resumidas cuentas, era feliz.

Y, además, contaba a su lado con dos hombres que, representando la confianza y el consejo, sabían gloriarse su posición.

Esos hombres eran su hermano Fabio y su amigo Cayo Lelio.

—¡Escuchadme todos! —llamó la atención en ese momento Fabio. Todos lo miraron—. Dejemos a un lado los pechos de las cel-tíberas. Hablemos ahora de cuáles han sido los mejores cónsules y estrategos de la historia. ¡Esa sí es una conversación digna! —rio.

—¡De entre todos los mejores, sin duda se encuentra quien hoy nos honra con esta cena! —se apresuró a lisonjearle Lelio.

Emiliano lanzó una carcajada. Estaba disfrutando.

—¿Y quién será el siguiente? ¿Quién guiará a Roma después de Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Numantino? —pasó a la adulación más descarada Fabio, incitando a que todos los congregados viraran sus cuellos hacia el gran hombre cual perros que esperan su galletita, deseando ser los elegidos por el gran Escipión.

Emiliano, ahora con gesto pícaro, miró a uno de sus tribunos militares, tumbado en un cercano triclinio.

—Este tal vez —dijo.

El griterío que sucedió a sus palabras fue atronador.

—¿Cayo Mario? —rugieron varios senadores en forma coral.

—Cayo Mario —confirmó Emiliano con una gran sonrisa, provocando una nueva explosión colectiva donde unos asentían y otros negaban notoriamente.

Mario era un tipo muy avispado y mejor soldado, lleno de distinciones militares pese a su juventud, muy apreciado por Emiliano por su audacia y por haber matado a un enemigo delante de él, pero de ahí a ser uno de los grandes hombres de Roma distaba un enorme trecho. Para casi todos, Mario, oriundo de una pequeña ciudad del sur del Lacio, humilde en comparación con la gran aristocracia, a lo

sumo llegaría a ser cuestor y tribuno de la plebe. Tal vez edil, pero poco más.

Emiliano, en cambio, no era de la misma opinión. Poniéndose en pie para abandonar el banquete, pasó junto a Mario.

—No te conocen bien —le dijo por lo bajo.

Mario sonrió como un tonto, siguiendo con la vista cómo su cónsul desaparecía en el interior del pretorio.

Emiliano, aún con la sonrisa en la cara, entró en el edificio, que se abría a un patio interior circundado en su primer piso por las estancias que hacían las veces de despachos y dormitorios, todas ellas precedidas de un corredor con barandilla. Allí acometió las escaleras con pausada alegría y elegancia, en busca de su cubículo. Sin embargo, ya en el piso superior, se topó en el corredor perimetral con Fabio y Lelio, que por alguna razón habían abandonado la velada poco antes, llamados por un tribuno militar que les había cuchicheado algo al oído.

Emiliano, al verlos, aminoró su brillo. Fabio y Lelio mostraban en sus rostros signos de preocupación.

—¿Alguna noticia? —preguntó con una ceja levantada.

—Tienes que escuchar a este hombre —espetó Fabio sin preámbulos, cogiéndolo del brazo y metiéndolo en uno de los despachos donde había una enorme mesa de roble con mapas, estanterías repletas de pergaminos y, en medio, un joven visiblemente agotado y con cara nerviosa.

—Ha recorrido la distancia que separa Tarraco de Numantia en apenas cinco días al galope —informó Lelio.

—Eso es cabalgar sin descanso... —farfulló Emiliano.

—Habla —exhortó Fabio al muchacho.

Este jugueteó con sus manos e intentó hablar, pero se le quebró la voz, razones para que Emiliano se pusiera definitivamente en alerta.

—Por Hércules, habla —reiteró Fabio con impaciencia.

El mensajero cogió aire y lo soltó a bocajarro.

—Ha muerto, Tiberio Sempronio Graco ha muerto a palos.

Emiliano dio un paso atrás, deteniendo su respiración.

—Ha muerto en el Capitolio, parece que a manos de Nasica y de varias decenas de senadores en una asamblea plebeya en la que

Tiberio pretendía ser elegido tribuno de la plebe por segunda vez —añadió Lelio, completando lo que el muchacho no había sido capaz de decir.

Emiliano, con el aliento todavía interrumpido, dio otro paso atrás.

—Mensajero, cuéntalo todo —exigió Fabio.

El joven obedeció sin rechistar, lanzándolo todo de seguido.

—Después de que Tiberio depusiera a su colega Octavio como tribuno de la plebe e hiciera aprobar sus leyes, el ambiente en Roma estaba muy tenso y mucho más cuando quiso ser elegido por segunda vez tribuno plebeyo en una asamblea en la que pidió una diadema real al ver que no lo podría conseguir...

—¿Una diadema real? —le cortó bruscamente Emiliano.

El mensajero asintió repetidas veces antes de tomar todo el oxígeno que pudo para continuar igual de aturullado.

—Se discutía si podía ser elegido tribuno dos veces seguidas y hubo una gran pelea en el Capitolio con muchos muertos...

—¿Una gran pelea? ¿Muchos muertos? —lo interrumpió Emiliano al borde del colapso—. ¿Y qué pasó después? ¡Habla!

El correo lo contó todo, especialmente el pacto alcanzado por Escévola, Metelo, Pompeyo y demás consulares y censorios.

—Cuando partí todo estaba en calma —finalizó el mensajero.

Emiliano cerró los ojos, apretó los labios y echó la cabeza muy atrás al tiempo que tomaba aire ruidosamente, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

—Sentémonos —urgió Fabio.

—Sí, hagámoslo —confirmó Lelio.

—Vete —le ordenó Fabio al emisario, lo que este hizo con alivio, escabulléndose como una lagartija.

Los tres hombres se sentaron en taburetes colocados alrededor de la mesa. Emiliano se tapó la cara con las manos y apoyó los codos en el tablero, con claras muestras de desesperación, tratando de asimilar la noticia mientras escuchaba, cual lejana letanía, la conversación de su hermano y Lelio.

—Tiberio no ha podido hacer semejante estupidez —decía Lelio.

—Era idealista —porfió Fabio.

—Pero no un sedicioso —repuso Lelio.

—Tal vez Nasica lo arrastrara al desvarío.

—O Claudio —corrigió Lelio.

—Quizás fue Tiberio quien cayó en la locura.

—Su ley agraria era demasiado conflictiva...

—Callad los dos —exigió de pronto Emiliano, que se masajeaba la frente como si tuviera una insoportable migraña. Fabio y Lelio cerraron la boca—. Era mi cuñado y el hijo de mi prima Cornelia..., de Cornelia Africana..., de ella precisamente —apuntilló—. Y ahí fuera, en el banquete, ríe con el resto de los tribunos su hermano Cayo, ¡su hermano! ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Cómo? —pasó repentinamente al grito más impotente—. ¡Dos años sin mí en Roma han bastado para esta calamidad! ¡Solo dos años! ¡Lo sabía, lo vi en la mirada de Tiberio antes de irnos! ¡Lo vi cuando nos despedimos bajo las columnas del templo de Júpiter! ¡Sentí que se proponía ascender el monte Olimpo en mitad de una tormenta! ¿Y qué hice? ¿Sabéis qué hice? —se atormentó en su vocerío y clavó sus ojos hundidos en Fabio y Lelio.

Ambos le miraban con cara de circunstancias.

—No podías hacer nada —balbució Fabio.

Emiliano, lejos de sentirse consolado, montó en cólera.

—¡Nada! —explosionó, desparramando su desesperanza—. ¡No hice nada! ¡Nada, nada y nada! ¡Qué necio he sido! ¡El mayor de todos los necios! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué se supone que todos esperan de mí? ¿Regresar y celebrar un triunfo empañado por esta ruina o disciplinar a Roma entera? ¡No he venido hasta aquí para que el mundo se hunda y yo con él! ¡Por todos los dioses, todos merecen ser lanzados desde la roca Tarpeya! ¡Todos! —rugió fuera de sí.

Lelio y Fabio cruzaron sus miradas. No era fácil que Emiliano perdiera la compostura, pero la noticia no podía ser más devastadora.

—Solo Tiberio es responsable de sus actos —murmuró Fabio.

Emiliano negó ostensiblemente.

—No, hermano, no. Todos conocíamos a Tiberio. Nada le detenía cuando consideraba que una causa era justa. Ya me lo advirtió Catón, y aun así no he sido capaz de hacer nada... ¡Nada!

—Nadie podía prever lo que ha hecho —dijo Lelio.

Emiliano volvió a negar entre resoplido y resoplido.

—Lo vi venir. Incluso intenté que lo comprendiera su madre, pero, oh, claro, Cornelia, siempre tan orgullosa, tan hierática-

mente elegante, tan... ¡tan imposible! Es una tragedia, ¡una completa tragedia!

—La tragedia perfecta —musitó Lelio.

Emiliano cabeceó como un buey.

—Una en la que mi error ha sido no dejar en Roma a nadie que tuviera el juicio suficiente. No debí traeros a todos. Dejé Roma en manos de incendiarios como Claudio y Nasica. ¡Y este es el precio! ¡Este!—gritó en un nuevo arrebato.

—Publio... —trató de consolarlo Fabio.

—¿Lo sabe alguien más? —le interrumpió Emiliano.

—Todavía no —confirmó su hermano.

—Pues que no lo sepa nadie. No todavía. Y dejadme solo.

—Publio... —lo intentó esta vez Lelio.

—Dejadme solo.